

último mencionado debemos lamentar que sólo se publique la traducción al inglés y no se incluya el documento original en español. Tal omisión es —desde el punto de vista histórico— deplorable, ya que se trata de textos poco conocidos, que al no presentárseles en su versión original se restringe lastimosamente la utilización de la fuente histórica.

— Jorge Luján Muñoz
Universidad del Valle, Guatemala

Alfred W. Crosby. *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900–1900*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986. xiv + 368 pp. Figuras, láminas, notas, índice analítico y apéndice. US\$ 22.95.

Hace quince años, Alfred Crosby publicó un libro intrigante (más exactamente, un volumen de ensayos interrelacionados) titulado *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*. En él examinó las distintas formas en que, desde la época de Colón en adelante, la presencia europea en las Américas ha afectado grandemente las relaciones indígenas entre tierra y vida. Crosby también describió en términos generales cómo algunas características del Nuevo Mundo han afectado inversamente al Viejo. Su interés se centraba primordialmente, como su subtítulo indica, en los cambios que ocurrieron en ambos lados del Atlántico en la vida diaria de la gente corriente —cuáles nuevas especies de plantas cultivaron, cuáles nuevos animales criaron, cuáles nuevos tipos de comidas prepararon, a qué nuevas formas patógenas estuvieron expuestos, qué los hizo aumentar o disminuir en número, qué favoreció sus probabilidades de supervivencia y qué la puso en peligro. *The Columbian Exchange* sigue siendo, hoy por hoy, una mina de oro para el intelecto, un libro pródigo en ideas, erudito pero accesible, el tipo de obra que uno quisiera que más estudiosos intentaran escribir.

En esta primera obra, Crosby concluyó que tres elementos claves contribuyeron más a un desequilibrio que a un intercambio: la transferencia de malas hierbas, la introducción de animales domesticados y la transmisión de enfermedades epidémicas. Estos tres factores fueron decididamente unilaterales, llegando abrumadoramente del Viejo Mundo al Nuevo. Un examen más detenido de este

conjunto de elementos ha permitido a Crosby proponer y poner a prueba una tesis provocativa: que en todo el mundo y no sólo en términos transatlánticos, "el éxito del imperialismo europeo tiene un componente biológico y ecológico" (pág. 7). *Ecological Imperialism* se fundamenta en la tesis propuesta por *The Columbian Exchange*, pero al hacerlo perfecciona y extiende el campo espacial de los argumentos de Crosby. Más importante aún, Crosby atraviesa el Pacífico para incluir a Australia y a Nueva Zelanda en una explicación biogeográfica convincente de cómo la hegemonía europea fue establecida y mantenida en toda la zona templada del mundo.

La tesis de Crosby, sobre todo para los geógrafos, al principio puede parecer determinismo ambiental con nuevo ropaje. En efecto, el razonamiento de Crosby es considerablemente más sutil, aun cuando a veces parece (como afirma el propio autor) convincentemente simple. Sostiene que la gente de descendencia europea actualmente predomina en las zonas templadas del mundo, en las neo-Europas de Argentina, Australia, Canadá, Nueva Zelanda, EE.UU. y Uruguay, porque la penetración de estas tierras durante la época colonial expuso, efectivamente, a la flora, la fauna y a la vida humana indígena a organismos que causaron su decadencia, cuando no su extinción total.

Crosby comienza refiriéndose a la desintegración de la enorme masa de tierra única que los geólogos llaman *Pangaea*. Cuando la *Pangaea* comenzó a desintegrarse, hace unos 200 millones de años, quedó establecida la actual distribución del planeta tierra por medio de la fragmentación de los continentes. Nuestros primeros antepasados humanos aparecieron, hace uno o tres millones de años, en Africa oriental, de donde se extendieron a todo el mundo, entrando por último a las Américas a través del estrecho de Bering. Cuando, hace unos 10,000 años, un clima más cálido derritió los glaciares del planeta e hizo subir el nivel de los océanos, la "vanguardia geográfica de la humanidad" se quedó varada en Australia y en las Américas. Crosby sostiene que "desde entonces hasta que los europeos hicieron de la navegación a través de las grietas de la *Pangaea* una práctica común, estos pueblos vivieron y evolucionaron en un aislamiento completo o casi completo" (pág. 17).

Aunque, culturalmente, los australianos nativos y los americanos nativos realizaron grandes progresos, nunca alcanzaron (en la opinión de Crosby) técnicas comparables a las que los pueblos del Viejo Mundo alcanzaron durante la revolución neolítica. La "vanguardia tecnológica de la humanidad", entre otras cosas, domesticó no sólo una gran variedad de animales; también "domesticó" muchas malas hierbas y enfermedades epidémicas. Estos tres componentes, poco desarrollados entre los pueblos que vivían aisla-

dos en Australia y América, se convirtieron en compañeros de viaje de otros jinetes destructivos durante el apocalipsis de la expansión europea.

Crosby prueba su hipótesis, algo obtusamente, primero considerando dos situaciones donde el imperialismo europeo *no* tuvo éxito. Ni los escandinavos en Vinlandia ni los cruzados de la Tierra Santa —afirma— emprendieron sus conquistas con una “ventaja ecológica” suficiente para conseguir más que posiciones temporales. Los escandinavos tomaron tierra sólo esporádicamente, eran pocos en número, estaban inadecuadamente sostenidos por su madre patria y ellos mismo provenían de una zona aislada y pionera de Europa. Del mismo modo, los cruzados “eran una pequeña minoría de conquistadores tratando de gobernar a una inmensa mayoría de pueblos de culturas antiguas, seguras de sí mismas y en muchas formas superiores”. Los conquistadores, considerados colectivamente, eran como un “terron de azúcar en una taza de té caliente” (pág. 63). Además, las enfermedades, principalmente la malaria, si no el predominio cultural de Oriente, apagaron el ardor de los cruzados.

Crosby empieza a demostrar su hipótesis con la habilidad de un prestidigitador experimentado, examinando lo que sucedió durante el siglo XV en las Azores, Madeira y las Islas Canarias. ¿Qué pueden decir estos puestos avanzados, estos grupos diminutos de roca atlántica, sobre el significado de la conquista y la colonización europeas? Muchas cosas, ya que —según cree Crosby— “fueron los laboratorios, los programas piloto para el nuevo imperialismo europeo y las lecciones aprendidas allí influirían decisivamente en la historia mundial durante los siglos venideros” (pág. 100). Las Azores y Madeira, entonces deshabitadas, fueron pobladas por los portugueses, quienes introduciendo flora y fauna continental alteraron dramáticamente la superficie de las islas. En Madeira en particular, el paisaje natural fue destrozado cuando los colonizadores talaron y quemaron árboles y, en un acto de “imperialismo ecológico” que Portugal repetiría más tarde en Brasil, sembraron caña de azúcar en las cenizas de los antiguos bosques. En las Islas Canarias, los guanches nativos resistieron a los intrusos franceses y portugueses sólo para ser aplastados, en 1483, por el poder de Isabel y Fernando, los reyes católicos de España. Nuevamente, como en Madeira, se dejaron animales pastando y vagando sueltos, los cuales con el tiempo se volvieron salvajes; se talaron y quemaron bosques y se plantó caña de azúcar con mucho éxito comercial. En cuanto a los guanches, “con la posible excepción de los arawaks de las Indias Occidentales, se convirtieron en el primer pueblo que fue llevado a la extinción por el imperialismo moderno” (pág. 80). La extinción de los guanches, precisa Crosby, “fue provocada por una combinación de factores, pero ninguna influencia puede haber sido más destructiva que las enfermedades” (pág. 98). Lo que ocurrió a

los guanches fue repetido en igual o ligeramente menor grado entre todos los pueblos indígenas cuyo aislamiento fue destruido por la llegada de los europeos o sus descendientes.

Un capítulo interesante titulado "Vientos" resume los acontecimientos y las circunstancias de lo que los portugueses llaman "os descobrimentos" y Crosby nos asombra con las hazañas de "os marinheiros" conforme hacían retroceder los límites de lo desconocido para Europa. El imperialismo en los trópicos, donde se fundaron colonias pero no se fraguaron neo-Europas, es el tema central del capítulo intitulado "Al alcance, más allá de la comprensión". Los capítulos temáticos sobre "Malas hierbas", "Animales" y "Enfermedades" exploran cómo estas tres variables decisivas ayudaron a crear neo-Europas en tierras templadas lejos de la Madre Patria. La actividad de estos tres elementos en un escenario específico, Nueva Zelandia, es el tema del capítulo X; compuesto de cincuenta páginas, es el capítulo más extenso y el que está defendido con mayor fervor en el libro. En "Explicaciones", Crosby le resta éxito al "portmanteau biota", "nombre colectivo para los europeos y todos los organismos que trajeron consigo" (pág. 270), principalmente al aislamiento geográfico y a la simplicidad biogeográfica de las neo-Europas. Concluye su obra con una plegaria articulada, si no para que se practique la prudencia con el medio ambiente, por lo menos para que se tenga un mayor conocimiento del mismo. Según cualquier criterio de erudición, este libro es una contribución importante —si no revolucionaria— que verdaderamente pone en tela de juicio las nociones tradicionales de lo que pasó en la historia.

— W. George Lovell
Queen's University, Kingston (Ontario), Canadá

Adriaan C. van Oss. *Catholic Colonialism: A Parish History of Guatemala, 1524-1821*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986. 248 pp. Mapas, notas y bibliografía.

Con agradecimiento hemos de recibir esta obra de Adriaan C. van Oss que comienza a abrir un cauce valioso para el cono-